



ESTUDIO BÍBLICO SOBRE IGLESIA SEGURA (SAFE CHURCH): Liderazgo, poder y vulnerabilidad

Pasaje de la Biblia

Marcos 10:35-45

La petición de Santiago y Juan

³⁵ Se acercaron Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. —Maestro —dijeron—, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir. ³⁶ —¿Qué quieren que haga por ustedes? ³⁷ —Concédenos que en tu glorioso reino uno de nosotros se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda. ³⁸ —Ustedes no saben lo que están pidiendo —respondió Jesús—. ¿Pueden acaso beber el trago amargo de la copa que yo bebo o pasar por la prueba del bautismo con el que voy a ser bautizado? ³⁹ Ellos dijeron: —Sí, podemos. —Ustedes beberán de la copa que yo bebo —respondió Jesús— y pasarán por la prueba del bautismo con el que voy a ser bautizado, ⁴⁰ pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo. Eso ya está decidido. ⁴¹ Cuando lo oyeron los otros diez, se indignaron con Santiago y Juan. ⁴² Así que Jesús los llamó y dijo: —Como ustedes saben, los que se consideran gobernantes de las naciones oprimen al pueblo y los altos oficiales abusan de su autoridad. ⁴³ Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, ⁴⁴ y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de todos. ⁴⁵ Porque ni aun el Hijo del hombre vino para que le sirvieran, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.

Comentario

Cuando nos encontramos con Jesús y sus discípulos en este pasaje, Jesús avanza decidido hacia Jerusalén. Los discípulos intuyen que algo grande e importante está a punto de suceder, pero les resulta difícil entender las repetidas predicciones de Jesús sobre su sufrimiento y su muerte. Es un desenlace que no encaja con su forma de entender la misión y el ministerio de Jesús. Para ellos, es impensable.

A lo largo de los siglos, los comentaristas han juzgado con bastante dureza a Santiago y a Juan por la conversación que tiene lugar en este pasaje. Aprovechando la estrecha relación que comparten con Jesús, los dos hermanos intentan asegurarse posiciones de importancia y poder en el nuevo reino que creen

firmemente que Jesús pronto establecerá. Se imaginan tan cerca de Jesús como puedan estar: uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Es fácil tildar a Santiago y a Juan de personas ignorantes que no entienden en absoluto lo que Jesús les ha enseñado, o bien de personas ambiciosas y sedientas de poder que siguen a Jesús por los beneficios que puedan obtener de su asociación con él. Los otros discípulos ciertamente los juzgaron cuando se dieron cuenta de lo que habían pedido, pero no está claro si lo hicieron porque vieron que no habían entendido las enseñanzas de Jesús o porque estaban molestos por no haber pedido eso mismo ellos primero.

Los que leemos ahora esta historia tenemos la ventaja de saber lo que ocurrió después, pero los discípulos no lo sabían. Sabemos que Jesús no fue entronizado triunfalmente como rey en Jerusalén, sino que fue traicionado, escarnecido, azotado, humillado y asesinado. Los únicos que se elevarían a la derecha y a la izquierda de Jesús en los días venideros serían los dos bandidos crucificados junto a él.

Parece que Jesús sabía lo que le esperaba. Jesús ve el camino de descenso y sufrimiento que se despliega ante él —el cáliz que debe beber y el bautismo que debe soportar— y pregunta a los hermanos si están dispuestos a pasar por lo mismo. Su respuesta simplista confirma que no tienen ni idea de lo que quiere decir. Ellos siguen viendo solo poder y prestigio, cuando él habla de vulnerabilidad, obediencia y servicio.

Poco antes, los discípulos habían discutido entre sí quién era el más importante. (Marcos 9:33-37). El problema es que, si clasificamos a las personas y establecemos quién es la persona más importante, también estaremos estableciendo quién es la menos importante, y nadie quiere serlo. Ser la persona menos importante es ser vulnerable, y esa es una situación que evitamos a toda costa.

En respuesta a esta competición de los discípulos por alcanzar una posición, Jesús tomó a un niño y lo puso en medio de ellos (Marcos 9:36), abrazándolo. Lo que Jesús les dice desbarata inmediatamente su inútil afán de estatus y poder: si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos; si alguno quiere ser el más importante, que sea el menos importante. Los interpela a acoger y abrazar a las personas vulnerables en su nombre, a todas aquellas personas que no puedan hacer nada para perseguir sus objetivos, mejorar su posición o tener más poder. Y tal vez lo que les pide que reconozcan y acepten sea también su propia e inevitable vulnerabilidad.

Una vez más, en el capítulo 10 de Marcos, Jesús reprende a los discípulos por imponer una jerarquía de importancia en la que los niños eran menos importantes y se les podía impedir que se acercasen. Acoge a los niños, los bendice y los pone como ejemplo a los discípulos: recibid el reino como un niño.

¿Qué es lo que podemos aprender de los niños en esta historia? Quizá el hecho de que son ellos mismos sin ningún reparo, sin necesidad de compararse con los demás y sin necesidad de dominar. No les preocupa su lugar en el esquema general de las cosas, su éxito o su influencia. Eso es irrelevante. Tan solo muestran curiosidad y están dispuestos a explorar y aprender; se ponen manos a la obra de buen grado y con buen ánimo.

Otra cosa sorprendente de los niños es que se saben vulnerables y saben que tienen mucho que aprender. Incluso cuando están probando sus nuevas habilidades, son conscientes de sus límites y rápidamente hacen preguntas y piden ayuda, o incluso la exigen. No se avergüenzan de su vulnerabilidad y no intentan escapar de ella.

Estas historias constituyen el telón de fondo de la conversación de Jesús con los hijos de Zebedeo. Sin embargo, su pregunta, aparentemente interesada, nos sirve a todos nosotros, porque crea la oportunidad para que Jesús explique cuál es su visión del liderazgo: el liderazgo en la cosmovisión de Dios. En marcado contraste con los líderes de la época (y esto no ha cambiado mucho con el paso de los milenios), que utilizaban la coerción y el control para dominar a los demás desde una posición que, según ellos, estaba *por encima* de todos los demás (“oprimen al pueblo”, Marcos 10:42), Jesús entiende el liderazgo como servir *desde abajo*. Y no desde un poco más abajo, sino desde la posición más baja de todas, la del esclavo. Para Jesús, el liderazgo tiene que ver con la humildad y el servicio, reconociendo la vulnerabilidad compartida de nuestra humanidad.

Ser humano es ser poderoso y vulnerable a la vez. Esta es una tensión que puede ser difícil experimentar y conciliar en nosotros. Tener poder quiere decir tener capacidad de hacer cosas, de actuar en el mundo, de provocar una respuesta. Dios nos dio este poder de elegir, rechazar, crear o destruir. Incluso un pequeño bebé puede utilizar su voz para obtener una respuesta de sus cuidadores. Sin embargo, como humanos, también somos vulnerables. Ser vulnerable es correr el riesgo de ser herido y dañado, física o emocionalmente.

También es humano rechazar y evitar la vulnerabilidad, tanto en nosotros mismos como en los demás, y esforzarnos por obtener suficiente poder para protegernos de tener que enfrentarnos a ella. Esta es la peligrosa ilusión del poder, y Jesús lo señala en sus enseñanzas. No podemos evitar nuestra propia vulnerabilidad poseyendo o acaparando, imponiendo nuestra voluntad a quienes vemos como

Kim Barker - Comisión de la Iglesia Segura de la Comunión Anglicana

menos que nosotros, coaccionando y manipulando a los demás para conseguir nuestros propios objetivos, o incluso derrotando a quienes vemos como enemigos. Lo único que lograremos con nuestro afán de poder es enturbiar las relaciones entre las personas, las familias, las culturas, las naciones y entre nosotros y Dios, y causar daños y perjuicios duraderos.

Tal vez el desafío que presentaba este pasaje en su momento, y el desafío que Jesús nos plantea a nosotros, sea el de cómo vivir con la tensión entre nuestro poder y nuestra vulnerabilidad. Nos interpela a abandonar la ilusión de que el poder puede hacernos invulnerables y a utilizar el poder que tenemos para el bien. Cuando dejamos de lado nuestra idea de poder y nuestra necesidad de control, y aceptamos nuestra vulnerabilidad, no tenemos nada que temer ni nada que perder. Nada nos puede ser arrebatado, porque ya lo hemos entregado voluntariamente.

Preguntas para la discusión

- ¿Qué le llama la atención de este pasaje?
- ¿Reconoce el modelo de liderazgo que Jesús describe como “oprimir al pueblo” en algún ámbito de su propio contexto? Describa lo que ha observado.
- ¿Reconoce el modelo de liderazgo que consiste en servir a las personas vulnerables en su propio contexto? Describa lo que ha observado.
- En su propia vida, ¿dónde y cuándo tiene poder? ¿En qué situaciones es capaz de actuar, de hacer cosas o de crear? ¿En qué situaciones tiene capacidad para imponer su voluntad a los demás? ¿Cómo decide utilizar ese poder?
- En su propia vida, ¿dónde y cuándo es vulnerable? ¿Quién o qué puede poner en peligro su salud, su bienestar y su futuro? ¿Cómo decide gestionar esa vulnerabilidad?